

---

TIEMPO DE MEMORIA

**Martin Miller**

# EL AUTÉNTICO «DRAMA DEL NIÑO DOTADO»

La tragedia de Alice Miller

---

TUSQUETS  
EDITORES



## Índice

Portada

Agradecimientos

Carta de mi madre (22 de noviembre de 1987)

1. Prefacio

2. El final. Sin tumba para Alice Miller

3. Heredar la identidad. La judía

4. Negar el trauma. La superviviente

5. Forzar el amor. La esposa

6. Elegir ser un extraño. La emigrante

7. Encontrar la libertad. La estudiosa de la infancia

8. Heredar el dolor. La madre

9. Comprobar la teoría. La terapeuta

La última carta de mi madre (9 de abril de 2010)

10. Romper el muro de silencio. Un epílogo de Oliver

Schubbe

Notas

Créditos

## AGRADECIMIENTOS

Durante la confección de este libro me di cuenta por vez primera del riesgo al que me había enfrentado al emprender el proyecto de escribir la biografía de mi madre. Aunque he leído muchas biografías sobre la infancia de personajes conocidos, al principio ignoré todas las dudas que tenía sobre este proyecto.

Cuando los hijos escriben sobre sus padres, me llaman la atención dos extremos: por un lado, los idealizan hasta el límite; otros se ponen nerviosos y articulan, desenfrenados, su odio hacia ellos. Sus libros son o una lisonja aduladora o un ajuste de cuentas. Ninguna de las variantes respeta las necesidades del lector.

Que yo, a pesar de mi experiencia en la terapia, no haya caído en uno u otro extremo debo agradecerérselo al trabajo atento, prudente, crítico, enormemente profesional y comprometido de mi lectora en la editorial Kreuz, Evamaria Bohle. Ha sido una supervisora perfecta. En su labor tuvo cuidado de no falsear mis pensamientos ni mis incursiones creativas, y se esforzó con gran intuición para entrelazarlos en un contexto objetivo. Ha sido una acompañante constante y atenta, y se convirtió en mi testigo con conocimiento. Por su actitud generosa, siempre comprometida con el trabajo, quisiera dar las gracias de todo corazón a Evamaria Bohle.

Como aparece en el libro, junto a mis experiencias con mi madre como hijo y con el vínculo emocional que esta relación supone, se esperaba que este libro mostrara hechos

sobre la vida de Alice Miller. Yo sabía muy poco sobre su vida antes y durante la guerra. Por este motivo, querría agradecer a las dos primas de mi madre, Irenka Tauerk y Ala Damaz, que me hayan proporcionado esta información de forma tan abierta, a pesar de que esto supusiese para ellas enfrentarse a recuerdos dolorosos.

También quisiera dar las gracias a las numerosas personas que me dieron ánimo para terminar de escribir este libro, para que no tirase la toalla. Un agradecimiento especial se merecen mi mujer, Manuela Brechbühl Miller, que fue capaz de distanciarse de todas mis incertidumbres emocionales, suavizándolas con gran seguridad, y mi amigo el doctor Ruedi Schöbi, que participó con interés y afecto en la composición de este libro y que me apoyó en numerosas discusiones.

Cuando uno se compromete con un proyecto tan delicado es una suerte contar con el apoyo de un oyente benévolo. Barbara Rogers, que había sido colaboradora de mi madre, me acompañó en mi trabajo con su amabilidad y con su paciencia. Cuando tenía preguntas, siempre podía acudir a ella con toda confianza. Es el momento de agradecersele de corazón.

También se merece mi profundo agradecimiento el experimentado terapeuta Oliver Schubbe, quien, a pesar de sus numerosos compromisos profesionales, encontró el tiempo para escribir un epílogo tan esclarecedor.

Para finalizar, quisiera dar las gracias a todos los amigos que me han acompañado emocionalmente y reconfortado durante este proceso y a todas las personas, tan comprometidas, de las editoriales Herder y Kreuz, que han contribuido al éxito de este libro.

*Martin Miller*

Carta de mi madre  
22 de noviembre de 1987

*Saint-Rémy, 22 de noviembre de 1987*

Querido Martin:

He tardado treinta años en darme cuenta de la cantidad de tiempo que viví con un hombre, con el que tuve dos hijos, y que en todos estos años no me escuchó ni una sola vez ni tampoco me aceptó nunca como lo que soy. En el último momento pude evitar destruirme por completo a mí misma, y, por suerte, también a Julika. A ti no pude salvarte. Lo intenté: quería pagarte una terapia, que te habría ayudado a ver las diferentes realidades, esas que yo había preferido no ver durante sesenta años y ante las que ya estaba ciega. Pero tú rechazaste mi sugerencia rotundamente y no quisiste saber nada de ello. Y, en cambio, comenzaste a imitar el comportamiento de tu padre, sí, sin percatarte, pues siempre lo negabas con contundencia cuando te lo decía.

¿Por qué necesité treinta años para abrir los ojos? ¿Por qué necesité sesenta años para ver lo cruel, lo destructiva, lo explotadora, lo llena de mentiras y falta de afecto que era mi madre, que sistemáticamente destruía el amor y la vida que crecía en mí y después haría lo mismo con mi hermana y mis sobrinos?

Porque durante la infancia reprimimos con tanta intensidad el dolor y porque, para no dañar su imagen, tuve que aprender a no darme cuenta de nada, a no sentir nada, a creermela falsa certeza de que ella me «querría». Y también tuve que aprender muy pronto a ayudar y a querer comprender en aquellos momentos en los que el desprecio

habría sido la única reacción adecuada: despreciarla y dejarla por una persona capaz de amar. Pero el destino no me dio esta oportunidad. Para mí no hubo escapatoria y, al final, fui yo la que salvó a mi madre; y cuando, tras la guerra, pensaba que por fin me había liberado, me refugié en una persona que se comportaba conmigo de la misma forma y a la que deseaba salvar y redimir, para que nos dejara vivir a mí y a los niños.

Pero no podemos ayudar al otro si él no cuestiona nada de sí mismo y se obliga a sentirse bien. Tampoco podemos cambiarlo, sólo puede hacerlo él mismo. Y únicamente si así lo desea.

Yo tenía esa voluntad, porque, a pesar de mi ceguera, de alguna forma era capaz de imaginar que no todas las personas eran tan destructivas como mi madre, y que es un acto criminal que alguien cimente su autoridad a costa de sus propios hijos o de otras personas. Lo digo ahora: me lo imaginaba porque siempre quise no ser como mi madre. Cualquier similitud con ella, por pequeña que fuese, me desesperaba cuando me daba cuenta de su existencia, y no me tranquilizaba hasta que no la hacía desaparecer aclarando la situación con los demás, algo que mi madre nunca hacía. Pero realmente no sabía la razón por la que no quería identificarme con ella. Tenía miedo de saberlo. Nunca me habría permitido pensar o decir antes: mi madre era un ser cruel, destruyó sin ningún atisbo de remordimiento la vida de sus dos hijos y se tenía por una persona cariñosa y comprometida. Pero yo sabía la verdad, me la imaginaba y durante toda mi vida busqué medios que me ayudaran a dejar de reprimirla.

Los busqué en vano. En la filosofía y en el psicoanálisis. Gracias a la escritura y a la pintura pude esbozar vagamente la realidad de esta verdad, y finalmente conseguí descubrir durante una terapia toda la verdad de mi infancia.

Entre las numerosas personas que me escriben, de vez en cuando me encuentro a individuos que ante todo quieren saber lo que les ocurrió, y a muchos otros que no quieren saberlo de ninguna manera, que se sienten cómodos reprimiendo su verdad, ya sea con herramientas intelectuales, ya sea con actitudes destructivas hacia otras personas, ya destruyéndose a sí mismos a través de una u otra adicción. A menudo las personas utilizan las tres herramientas para defenderse de su verdad.

Cuando estuviste aquí en junio, tenía la esperanza de que encontrases la fuerza y la voluntad de dar vida a tus sentimientos, de descubrir tu historia, de recuperar el dolor de tu infancia, de reconocerlo y de liberarte al fin de esos patrones de destrucción y autodestrucción antes de fundar tu propia familia y tener hijos. Me parecía que tu corazón podría abrirse en este paisaje y quizá permitieses que el pequeño Martin viviera de nuevo. Pero esa esperanza se esfumó en tu última visita. Parece que no te has dado cuenta de lo que te sucedió. Quizá no lo hayas hecho aún. Y, por tanto, estás en peligro de hacer daño a otros a causa de tu incapacidad de ver, y de que este daño te parezca lógico y normal.

Después de una pausa de unos meses, comienzas de nuevo a mostrarme los mismos patrones que tan bien conozco: descargar contra mí tu rabia acumulada, tanto más intensa y sin censuras cuanto mayor es la simpatía y el cariño con que salgo a tu encuentro. Y cualquier intento de aclarar la situación se topa con un grito tuyo que te protege de escuchar lo que quiero decir.

Tus células aprendieron muy pronto este comportamiento, pero tú todavía no te has percatado de su perversidad. Si fuese así, no estarías tan confuso cuando hablamos

de ello: como haces tú ahora con mi cariño, también una vez tu cariño fue repelido con golpes. Que estos golpes vieran acompañados de promesas de amor y de «preocupación por ti» te confundía todavía más. ¡Porque tú creías en estas promesas! Como todos los niños, te veías forzado a olvidar con el bocadillo el dolor que te habían causado los golpes. Pero tu cerebro los ha vinculado y almacenado como si fuesen algo único: los golpes y el bocadillo (o el chocolate o un pastelito). Y en tu actitud conmigo puedo ver ambas cosas, como si yo fuera el pequeño Martin y tú el jefe que, dependiendo de su humor, me regala amor o violencia, pero hace como si no se diera cuenta de nada.

Te permites ese comportamiento conmigo porque yo represento el papel del niño, no ejerzo mi poder y no te hago daño, no te inquieto con miedos y estoy dispuesta siempre a hablar contigo. Defiendo mi postura, pero no puedo ni quiero asumir el papel de la víctima. No me dejo torturar ni seducir, ni siquiera por mi hijo, especialmente porque sé que a él no le convendría. Mientras encuentres víctimas, el pequeño Martin seguirá ahí encerrado, incapaz de sentir, y tú piensas que puedes engañar o demostrar algo al otro, algo que a la larga nadie se creerá. Porque es tan fácil sentir el vacío que se crea cuando el niño se estrangula dentro de nosotros mismos. Yo lo he experimentado bastantes veces. Incluso los papeles más «fantásticos» son sólo fachadas y resultan lamentables, casi ridículos.

A veces me tratas con un odio tan patente como si yo hubiese sido quien te acosaba. Pero no era yo. Es cierto que no fui capaz de darte la protección y el refugio que anhelabas, no fui capaz de darte muchas cosas que necesitabas y sufrí mucho por esta incapacidad. Hoy puedo ver que no podía darte suficiente amor, porque yo misma era una niña que no había sido amada. Pero mis propias circunstancias no me eximían de la responsabilidad que había asumido cuando quise tener un hijo.

Una vez me dijiste que tu padre siempre te pegaba cuando yo no estaba presente. Yo tendría que haberlo imaginado o adivinado y no haberte expuesto de forma tan irresponsable a esta violencia. De haber sido yo misma una niña a la que habían protegido, habría sido capaz de advertir el peligro. Porque había podido ver ya muchas cosas cuando sí estaba presente. Tenía que haberte protegido a ti, al niño, de la violencia de tu padre. No haber tenido el valor suficiente para ver y soportar la verdad no alivia para nada mi *culpa real* contigo. Y, por ese motivo, acepto que me reproches —estás en todo tu derecho, pues es un reproche más que justificado— que permanecí de brazos cruzados mientras te exponía a ese abuso. Acepto todos los reproches justificados que quieras hacerme y constatar conmigo. Nunca me opondría a que hablásemos ni a contestarte.

Pero sí me opongo a ser la válvula de escape para toda la rabia reprimida que su violencia generó en ti. Y me opongo a ser el niño al que tú pegas en la cabeza, sea por la razón que sea. Porque yo no fui la que te acosó.

Para mí ha sido muy triste que todos los intentos de iniciar una conversación contigo para aclarar los hechos se topasen con un muro infranqueable. De alguna manera podía aceptarlo como defensa a mis propios reproches, porque lo cierto es que yo también te los hice. Eso no lo niego.

Pero lo más triste para mí fue darme cuenta de que a veces me atacabas sin más ni más, sin que yo te hubiese dado ningún motivo para hacerlo. No tenía la sensación de que me estuvieses tratando como me trataba tu padre, sino como él te trataba a ti. Y, de repente, me sentí por un momento como un niño completamente pisoteado por él. Yo nunca me había sentido así por su culpa, pero sí había visto que era de ese modo como te trataba a ti.

Pero lo que me asustó y me hizo reflexionar profundamente fue percatarme de que tú no pareces consciente (podría decirse: no eres en absoluto consciente) de estos automatismos que has adquirido, y que son, por lo tanto, reversibles, que parece pensar que tu comportamiento actual es del todo normal y correcto (y, al pensar esto, justificas también el suyo) y no muestras ningún interés en querer modificar nada al respecto. ¿Te has preguntado alguna vez el precio que pagas por reprimir tus sentimientos?

Tener un padre que pega a su hijo desvalido es un destino trágico contra el que no puedes hacer nada. Pero no querer ver en cuanto adulto cómo es él, y negar con esta ceguera cualquier posibilidad de evolución o madurez y convertirse, poco a poco, en este mismo padre para favorecerlo y protegerlo, eso no es parte del destino. No tiene por qué ser así. Más bien es una decisión destructiva y autodestructiva; y tú, como adulto, eres el único responsable de esa decisión.

Quería dejarte esta carta como parte de mi testamento, para ahorrarme tu incompreensión, porque sé cómo reaccionas cuando menciono, aunque sólo sea brevemente, a tu padre. Cierras tus oídos y piensas: «Que discutan entre ellos sin mí». Porque sólo escuchas cosas negativas de ambas partes. Pero, aunque esta comparación y equiparación pueda parecerle correcta a una tercera persona que no nos conozca, para mí suena violenta. Porque hace ya tiempo que no tengo ninguna necesidad de vengarme de ese hombre. Pero sí que tengo una necesidad, que crece a medida que soy capaz de ver, y esa necesidad es cuidar de mis hijos.

Por eso me he decidido a enviarte esta carta *ahora*. Quiero, si es posible, proteger a tus hijos para que no sufran la maldición de tu infancia y de la mía. Pero eso sólo lo

evitaremos si tú te despiertas de tu sueño y comienzas a ser consciente de las realidades que existen dentro de ti y a tu alrededor.

Es lo que te desea de todo corazón tu madre.

## 1

## Prefacio

Cuando unas semanas después de la muerte de mi madre tuve la oportunidad de concederle una entrevista al semanario de actualidad *Der Spiegel*, se produjo este pequeño diálogo con los entrevistadores Elke Schmitter y Philipp Oehmke, que pude olvidar hasta que comencé a escribir este libro:

*SPIEGEL*: Dice usted que su madre invirtió el trabajo de toda una vida en encontrar vías para liberar a otras personas de sus traumas, pero no fue capaz de encontrar una vía para poder hablar de sus propios traumas con su hijo.

*MILLER*: Yo hice innumerables intentos de hablar con ella sobre ese tema. Como usted ahora conmigo. Pero me topaba con una roca. No puedo decirle mucho más. No soy sólo su hijo, también soy terapeuta, es decir, alguien que estudia las biografías y trabaja con ellas, pero no me obsesionaba. En algún momento se acepta la situación. Este rechazo me ha impedido también acercarme a mi madre en los últimos treinta años. Y también he tenido que aceptarlo.

*SPIEGEL*: Su madre creó una obra única en la que sustenta que el psicoanálisis no puede ayudar a quienes han sufrido un trauma. Pero, según ella, existe otro camino, más autónomo, para liberar y revivir las represiones de la infancia, y ése es el que ella intenta mostrar. Ahora, después de diez minutos de conversación, comprobamos que hay un punto importante en la biografía de su madre que ella no menciona ni de pasada en su obra. Descubrimos que su madre no podía aplicar sus propios instrumentos en el gran trauma de su vida.

MILLER: A pesar de que fue capaz de desvelar tantas cosas en sus libros. Ésa es mi tragedia personal: que, como hijo de unos padres pertenecientes a la generación que vivió la guerra, no fui capaz de construir una relación emocional con ellos.

SPIEGEL: Échenos una mano: ¿no es exactamente la falta de relación lo que su madre calificó de crueldad paterna y causa de deformaciones? (*Der Spiegel*, 18, 2010)

Entonces no se me habría ocurrido ni en sueños escribir un libro sobre mi madre. Me resultaba demasiado extraña para mí para poder describirla. No empecé a pensar en ello hasta el otoño de 2010, cuando, en la Feria del Libro de Frankfurt, conocí a uno de sus editores americanos. Él me hizo pensar que un libro sobre ella sería muy beneficioso tanto para mí como para quienes habían leído sus libros. Esta conversación me dio mucho que pensar y generó en mí sentimientos contradictorios. En un principio sólo sentía un gran rechazo y la idea de escribir un libro me parecía por entero absurda. Sin embargo, y a pesar de toda la resistencia emocional, el pensamiento no me abandonaba, por lo que decidí, a regañadientes, emprender este proyecto.

El primer problema fue que sabía muy poco sobre mi madre: Alice Miller —en este libro aludiré con frecuencia a mi madre llamándola por su nombre— conservó, durante mucho tiempo, su historia bajo llave y convirtió su vida privada en un secreto muy bien guardado. Sobre todo, se guardó para sí los años de la guerra. Por lo que se sabe, mi madre sobrevivió como judía la segunda guerra mundial en Varsovia. Sin embargo, jamás explicó nada sobre esos años; como mucho, los insinuaba o tomaba distancia en la literatura. A mí tampoco me contó apenas nada sobre ello, y hasta los cuarenta y un años no me enteré de algún que otro detalle. Durante mi infancia y juventud, se me ocultaba

todo lo judío, y también todo lo que venía de Polonia. No aprendí polaco, la lengua materna de mis padres, ni se me enseñó nada perteneciente a la cultura judía. Crecí como si fuera un producto cultural y fui educado como suizo, como un ciudadano de un país en el que mis padres eran extranjeros. Como es habitual entre los supervivientes, represento el nuevo comienzo después de haber sobrevivido. Esto es una de las partes.

Sabía muy poco de estos hechos, pero, como he averiguado ahora, después de haber investigado tanto para este libro, experimenté mucho de la miseria vivida por mi madre. Gracias a estudios sobre niños cuyos padres sobrevivieron al Holocausto se sabe que muchos de ellos se sentían utilizados por sus padres. Tenían que convertirse en el interlocutor emocional que les había faltado en los momentos más difíciles. Los niños se convierten en sustento y en la base de la existencia de sus padres. A este proceso, en el que se invierte la relación entre el niño y el padre, se lo denomina «parentificación». Los padres, atormentados por intrusiones causadas por un trauma, recurren al apoyo emocional de sus hijos. Como mi madre describe de forma extraordinaria en su primer libro, *El drama del niño dotado*, los niños tienen una habilidad excelente para comprender las necesidades de sus padres, aunque éstos no las verbalicen. Comprenden con claridad lo que se espera de ellos y responden con su comportamiento. Yo también lo hice.

Mi relación con mi madre —ahora por fin puedo comprenderlo— se ajustaba por completo a una relación así de compleja. Y a ello es necesario añadir la herencia de un trauma persecutorio reprimido. En otras palabras, mi madre y yo éramos muy similares en una forma neurótica, teníamos un vínculo muy estrecho que partía de una cercanía casi absorbente. De este modo yo me convertí, de forma emocional, en parte de la experiencia del Holocausto de mi madre. Sin saberlo, claro está. Como niño y como adulto. Me convertí en testigo, sí, en parte del trauma de la guerra,